

JACQUES LACAN <> JACQUES A. MILLER

Contrapunto.

Norberto Rabinovich

En este breve trabajo me propongo interrogar la interpretación, o más precisamente, las diferentes interpretaciones que hizo J. A. Miller de la obra de Lacan. Con el paso del tiempo Miller se convirtió en algo así como el representante oficial del maestro. Por supuesto que no lo es para el conjunto del movimiento lacaniano, pero sí para una inmensa cantidad de personas de otras disciplinas que se han interesado en el pensamiento de Lacan. Y fundamentalmente para una verdadera multitud de practicantes del psicoanálisis.

Aunque no considero legítimo atribuir un valor de verdad de su propuesta teórica, clínica o institucional, por estar anclada en una continuidad dinástica, el hecho que haya sido Lacan quien depositara en su yerno la confianza - aunque solo sea para el establecimiento de sus Escritos y seminarios- es un factor que, indudablemente, ha favorecido la influencia de la propuesta milleriana que muchas veces trasciende los límites del territorio de sus seguidores.

Como adelanté, me propongo interrogar el alcance, el valor y la concordancia armoniosa o no del contrapunto Lacan-Miller. Para ello, debo ante todo explicitar los límites de mi trabajo: no procuro abarcar el conjunto de la obra de Miller sino cernir mi examen a un solo texto, aquel que fue editado por primera vez por Paidós en el año 1998, con el título *Los signos del goce*¹. Este es el libro en castellano que reúne las clases del seminario de Miller dictado en París durante el año 1986 y que llamó *Ce qui fait l'insigne*. Del conjunto de trabajos del autor a los que he accedido seleccioné éste ya que es el que me ha resultado más claro y sistemático en el desarrollo de sus ideas. También porque en ese año Miller introdujo algunas tesis teóricas y clínicas en la interpretación del pensamiento de Lacan de gigantesca envergadura, que conforman la plataforma teórica de su enseñanza posterior y la progresiva constitución del movimiento milleriano. Finalmente, seleccioné este texto porque ya lo había leído detenidamente, en ocasión de la redacción de mi libro *El Nombre del Padre. Articulación entre la letra, la ley y el goce*² donde lo cité como modelo de una lectura de Lacan donde ese operador del Nombre del Padre deambula en el laberinto de una profunda confusión.

¹ J.A. Miller. *Los signos del goce*. Ed. Paidós S.A.I.C.F. Argentina. 1998.

² Norberto Rabinovich. *El Nombre del Padre. Articulación entre la letra, la ley y el goce*. Ediciones Psicolibro, Argentina. 3° edición (al público a partir de abril 2013).

La tesis central de *Los signos del goce* es que Lacan, durante los últimos años de su enseñanza, particularmente a partir del Seminario *Le Sinthome* del año 1975, introdujo un giro de ciento ochenta grados en la conceptualización del síntoma analítico. Como no podría ser de otra manera, tal viraje teórico arrastró consigo, según Miller, una serie de cambios relativos a la articulación de los conceptos sobre los que el síntoma había sido construido, tales como el inconciente, el goce, el fantasma, el S1, el objeto “a”, etc. Se habría tratado de un verdadero “cambio de axiomática” que iría contramano de los primeros postulados de Lacan. Un cambio que el maestro nunca anunció como tal y por lo tanto su descubrimiento por parte de Miller incrementaría el mérito de este último- por haber sido el primero y único en revelarlo.

La trascendencia de las tesis presentadas en el libro fue anunciada como un acontecimiento decisivo en el psicoanálisis por su entorno. Así por ejemplo, Eric Laurent se expresó al año siguiente en términos de la novedad “novedad absoluta” que entregaba *Los signos del goce*:

*“Para nosotros [el seminario Le Sinthome] hasta ahora era un enigma. Creo que solamente este año, por ejemplo, J. A. Miller, después de estos años de investigación sobre el tema, pudo presentar, en su curso de este año sobre “Lo que hace insignia”, la novedad absoluta de este seminario de Lacan. Presentar una nueva definición del síntoma no se puede entender si no se tiene en cuenta que, a partir de los años 70,...”.*³

Ahora bien, la tarea que me propongo, se encuentra con la dificultad de que Miller apoya muy poco su lectura en enunciados puntuales de Lacan. La mayor parte de las veces cita la página del texto donde la extrajo pero no el texto, sin aclarar a que edición corresponde. Tampoco se apoya en observaciones clínicas, lo cual hace difícil comprender, a que tipo de fenómenos hace referencia cuando, por ejemplo, habla del síntoma y del fantasma.

Lacan, del mismo modo que criticaba a quienes se habían dedicado a enfrentar a Freud I con Freud II e incluso con Freud III destacando la coherencia interna de su pensamiento pese a las variaciones conceptuales, no expresó en ningún momento que sus avances teóricos o la invención de nuevos modelos, alteraran el orden de las razones de los desarrollos anteriores. Por el contrario, en varias oportunidades recalcó la continuidad de su pensamiento a lo largo de su obra. Sin embargo, reconozco la legitimidad del esfuerzo de Miller por localizar en la obra de Lacan resortes no advertidos por otros psicoanalistas e incluso por el mismo autor, tanto como de introducir en el psicoanálisis nuevos desarrollos, nuevas fórmulas y conceptos. Mi objetivo se limita a interrogar la coherencia lógica de su discurso y, simultáneamente, confrontarlo con el texto de Lacan. Intentaré, con espíritu spinoziano, tratar el contenido del libro ateniéndome a su lógica interna descartando cualquier explicación basada en razones de índole personal. Tampoco tomaré en cuenta las cuestiones institucionales o políticas del mundo del psicoanálisis como factores explicativos de su concepción teórica, aunque, como sucede siempre, unas vayan de la mano de las otras.

³ Eric Laurent .*Estabilizaciones en las psicosis* Ed.Manantial.1989. Argentina. Pág. 19

La tesis fundamental

El libro *Signos del goce* gira enteramente en la necesidad del autor por explicar por qué Lacan empalmó finalmente la estructura del síntoma con la categoría de goce. La novedad que anunciaría este seminario de Lacan es que el síntoma es una vía de goce, un modo de gozar de lo que viene del inconciente, puesto que anteriormente el goce habría sido presentado por Lacan separado del síntoma. Esta supuesta primicia la encuentra apoyada en la elaboración que hizo Lacan ese año del concepto de Sinthome, el cual – explicó Miller- implica una fusión entre síntoma y fantasma:

A partir del momento en que (Lacan) habla del symptome como Sinthome, deja de hablar de fantasma, es decir, que construye, como Sinthome un compuesto de symptome y fantasma. En otras palabras, incluye en la definición misma del síntoma el goce que implica. En ese sentido, hace del síntoma- he aquí la novedad- un modo del que cada uno goza del inconciente. ⁴

El planteo comprende dos operaciones: por un lado, la novedad de que el síntoma es un vehículo de goce y, por el otro, que dicho cambio conlleva la condición de que fantasma y síntoma conformen una sola estructura y compartan un mismo goce. Y afirma entonces:

*Desde esta perspectiva Lacan procedió a un cuestionamiento de los fundamentos mismos de su enseñanza.*⁵

Empezaré por interrogar las razones en que se apoya Miller para sostener que hubo un primer Lacan que presentaba al síntoma despojado de goce, porque allí encuentro la clave del hallazgo anunciado en *Los signos del goce*. La tesis de que síntoma y fantasma conforman una sola estructura, en cierto sentido muestra la honestidad intelectual de Miller, puesto que pone sobre la palestra la caducidad de algo que él mismo consideró como su primer aporte decisivo para comprender a Lacan. En *Dos dimensiones clínicas; síntoma y fantasma* publicado en castellano en 1984, adelantó lo siguiente:

*“El fantasma permanece aparte del resto del contenido de la neurosis. He aquí lo que yo retomo. Que el fantasma está en otro lugar distinto al resto de los síntomas... la experiencia analítica no es un campo unificado.”*⁶

Tanto la distinción topológica de los lugares del síntoma y el fantasma, como de su función y su fenomenología fue efectivamente desarrollada por Lacan durante sus primeros seminarios y

⁴ J.A. Miller, *Los signos del goce*. Edit. Paidós SAICIF. Buenos Aires, Argentina 1998. Pág. 235.

⁵ *Ibíd.* p. 259

⁶ J.A. Miller, *Dos dimensiones clínicas: Síntoma y Fantasma*. Ediciones Manantial. Buenos Aires, 1984. Pag 20.

plasmada en el grafo del deseo. Pero, al decir de Miller, esa distinción clínica no había sido tomada en cuenta. No queda claro con quienes debatía Miller en el momento de diferenciar síntoma y fantasma, pero lo cierto es que Lacan nunca los había confundido. Sin detenerme en los argumentos esgrimidos por Miller para forjar el supuesto aporte de la distinción clínica entre síntoma y fantasma, quiero destacar una tesis de lectura de gran envergadura que incluye, un poco al pasar, en ese mismo texto recién citado:

Mi tesis este año, en mi curso, fue justamente que el fantasma fundamental corresponde a la represión originaria.⁷

En ese momento Miller estaba elaborando lo que a posteriori quedaría como su primera lectura de Lacan, o lo que definió el primer Lacan, y no había descubierto aún la mutación final. Sin embargo, la tesis recién mencionada establece anticipadamente una superposición de lugares, a nivel de los fundamentos, del síntoma y el fantasma. Al proponer el fantasma original en el lugar de lo reprimido originario, es preciso replantear la relación lógica ya establecida por Freud entre lo reprimido original, lo reprimido secundariamente, y el retorno sintomático de lo reprimido y reformulada por Lacan a partir del postulado de que el inconciente está estructurado como un lenguaje. Recordemos uno de los innumerables pasajes donde Lacan define la implicación entre la represión originaria y el síntoma.

Lo reprimido original es un significante y lo que se edifica por encima para constituir el síntoma podemos considerarlo como un andamiaje de significantes.⁸

Este significante en singular, “un significante” remite a la categoría del Uno, el significante excepcional ubicado en el origen de la cadena inconciente. El síntoma no es lo reprimido, sino una composición significativa que gira en torno a la repetición del Uno. Este Uno, como veremos, es el gran problema con el que se enreda Miller.

Si ubicáramos, como propuso Miller, al fantasma fundamental en el lugar de lo originariamente reprimido, es decir, el fantasma fundamental en el lugar donde Lacan conjeturó el Nombre del Padre, salta a la vista que habría que redefinir aquello que retorna de lo reprimido. Deberíamos entender, por ejemplo, que las formaciones del inconciente son emisarias del fantasma fundamental, con lo cual se borrarían las diferencias entre síntoma y fantasma. No deja de intrigarme por qué Miller, al mismo tiempo que creía introducir una importante demarcación de la diferencia entre síntoma y fantasma, intercaló la tesis de su indistinción en el terreno de sus fundamentos. ¿No nos encontramos acaso ante una premisa del pensamiento de Miller que lo empujaba a alcanzar la meta de fusionar síntoma y fantasma, antes que lo enunciara como tal?

⁷ J.A. Miller, *Dos dimensiones clínicas: Síntoma y Fantasma*. Ibid. op.cit. P, 23

⁸ Lacan, J., *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales*, Argentina, Paidós, 1991, p.183.

Este problema teórico quedó flotando hasta que unos años más tarde Miller, en *Los signos del goce* dio su respuesta definitiva:

*“Al final de su enseñanza, Lacan propone el término **sinthome**, que engloba síntoma y fantasma.”*⁹

Retomo ahora la premisa de lectura de Miller por la cual el primer Lacan (que en verdad abarca aproximadamente el 90% de su producción total) no había mezclado al síntoma con el goce. Pongo en contrapunto las dos voces:

Mientras que la primera axiomática implica una definición del síntoma a partir del deseo –del deseo del Otro, siempre del Otro- esta versa sobre el síntoma determinado a partir del goce.

*Antes, sin duda podía mencionarse el goce del síntoma, pero no es lo mismo a partir de él como termino axiomático que del sujeto tachado de la palabra.....Se trata por supuesto de otro punto de vista, de otra perspectiva.*¹⁰

En ningún lugar aclara de qué orden eran las primeras menciones de Lacan acerca del goce del síntoma, y como veremos, no entran para Miller en los fundamentos dados por Lacan acerca de ese goce. Tomo ahora uno de los incontables pasajes del supuesto primer Lacan, en el seminario de *La Angustia* donde explicita la dimensión del goce del síntoma:

*Pues, demasiado se lo olvida, lo que descubrimos en el síntoma, en su esencia, no es llamado, dije, al Otro, no es lo que muestra al Otro, {es} que el síntoma en su naturaleza es **goce**, no lo olviden, goce encubierto, sin duda, **untergebliebene Befriedigung**. El síntoma, no tiene necesidad de ustedes como el acting-out, él se basta. Es del orden de lo que les he enseñado a distinguir del deseo, como **siendo el goce**, es decir que él va hacia la Cosa habiendo pasado la barrera del Bien, referencia a mi seminario sobre la Ética, es decir, del principio del placer, y es por eso que este goce puede traducirse por un **Unlust**. Todo esto, no soy yo, no solamente quien lo inventa, sino que no soy yo quien lo articula, esto está dicho en estos propios términos en Freud, **Unlust**, displacer, para los que todavía no escucharon el término en alemán.*¹¹

Al parecer, Miller había engrosado inicialmente las filas de quienes “olvidan” la conjunción, absolutamente decisiva en su explicación del inconciente, entre el significante y el goce. A partir de esta cita, estoy en condiciones de sostener que cuando el Miller de *Los signos del goce*

⁹ J.A. Miller *Los signos del goce*, op.cit. p. 252

¹⁰ Ibid. Op. p. 341

¹¹ J. Lacan. Seminario X, *La angustia* (1962-1963). Traducción: R.R.Ponte– Clase 9 (23-01-1963). Pag.15

atribuye al primer Lacan, entre otras cosas, la separación entre síntoma y goce, no se trata de la posición de Lacan sino de la lectura que había hecho inicialmente Miller de la misma. Y, por lo que podemos constatar, no había entendido mucho. Por consiguiente, cuando el autor de *Los signos del goce* menciona al “primer Lacan”, cabe entender que se trata del “primer Miller”. Nada nos asegura que el “segundo Miller” haya encontrado una correcta interpretación de los últimos seminarios de Lacan.

El pasaje mencionado del seminario de *La Angustia* contiene varias afirmaciones que paso a resumir. La primera es que define al síntoma en el orden de la realización del goce. La segunda: ese goce del síntoma “va hacia la Cosa”, la Cosa de goce que luego llevara el nombre de objeto “a”. Es decir que emparenta el goce del síntoma con lo real de goce pulsional. La tercera es que el goce que realiza el síntoma es alcanzado más allá del Principio del Placer, en consonancia con la pulsión que Freud llamó de muerte. Finalmente, por esa misma razón, que se trata de un goce traumático que se experimenta como displacer. Ahora bien, pretender atribuirle a Lacan que alguna vez concibió al síntoma como un fenómeno limpio de goce, implica, necesariamente, sostener que Lacan no había entendido a Freud, o por lo menos que había tomado otro rumbo. Es posible afirmar lo anterior en tanto hay dos postulados básicos que Freud afirma sobre el síntoma:

1. que se trata del retorno de una representación reprimida y
2. que el síntoma constituye una satisfacción sustitutiva de la pulsión.

El ABC de la concepción freudiana de todas las formaciones del inconsciente -incluyendo al síntoma neurótico clásico- es que constituyen un modo alternativo (alternativo a la descarga directa) de dar satisfacción a la pulsión. El síntoma implica, en última instancia, un proceso de descarga pulsional. Esta descarga no se produce, explicó Freud, sino por intermedio del representante psíquico de la pulsión, inscripto en el campo de lo reprimido y sometido a la ley que rige los procesos primarios. La inscripción psíquica de la pulsión es lo que retorna en el síntoma y aporta de ese modo una satisfacción específica al sujeto. La idea que el sujeto goza con su síntoma forma parte de la esencia del descubrimiento freudiano. ¿Sostuvo Lacan esta continuidad entre el goce pulsional y el goce del síntoma? Por supuesto que sí, aunque introduciendo significativas rectificaciones conceptuales como la recién mencionada acerca del estatuto de la pulsión. De hecho afirmó que:

*El síntoma es el retorno por vía de sustitución significativa de lo que está al cabo de la **Trieb**, de la pulsión, como su fin.*¹²

Lacan mantuvo la explicación freudiana de que el síntoma era un vehículo de la pulsión, pero no que era sexual. La pulsión, la única que Lacan llamó así, está lejos de realizar un fin sexual. En

¹² Jacques Lacan. *La ética del psicoanálisis. Seminario VII (1959-1960)*. Buenos Aires: Paidós; 1997. Clase Nro 8 (20-01-1960). Pág. 136

sentido estricto la pulsión en Lacan repite un goce “a-sexual”, más allá del Principio del Placer. Subrayo este punto, porque si lo pasamos por alto, la definición del goce del síntoma como goce sexual nos llevaría entenderlo en función de la lógica del Principio del Placer.

¿Cómo podemos explicar que el discípulo omitiera el enunciado citado, de carácter por demás categórico? Es que Miller establecía una línea divisoria y excluyente entre la estructura del significante y lo real. Su razonamiento fue que si el síntoma es una estructura significativa, entonces el goce va por otro lado. Esto es lo que había entendido Miller antes del gran viraje. Evidentemente había pasado por encima de una de las categorías lacanianas más importantes para explicar el anclaje del inconciente en lo real. A este concepto Lacan lo denominó de diversas formas pero giró siempre en torno a la noción de “significante del goce” o del “significante en lo real”. Este referente teórico esencial donde confluyen el goce, lo real y el significante, concierne precisamente a su modo de explicar la noción freudiana de la represión originaria. Volveré más adelante sobre este punto clave.

El automatismo de repetición

A fin de no perder la brújula del derrotero de Lacan, me detengo en el concepto “repetición significativa” que introdujo en sus primeros seminarios y está ampliamente desarrollado en el Escrito de *La carta robada*. Hasta aquí he empleado de manera indistinta los términos retorno y repetición de un significante, para definir el mecanismo del síntoma. En verdad, el vocablo -que tiene en Freud un valor conceptual y no solo descriptivo- es repetición, traducción habitual de la palabra alemana **Wieder**. La **Wiederholung**, la compulsión repetitiva, fue un término tempranamente asilado por Freud para definir el conjunto de fenómenos que caracterizan a las manifestaciones del inconciente. El modo freudiano de definir al síntoma es **Wiederkehr des Verdrängten** que cabría traducir como repetición de lo reprimido. Se trata de la misma tendencia a la repetición que Freud supuso en la base de la satisfacción de la pulsión sexual, en tanto que ella apunta a reencontrar -es decir a repetir- una primera experiencia de satisfacción – **Wiederzufinden**-. Finalmente, a partir del 20, Freud designó con la palabra **Wiederholungszwang** – tendencia compulsiva de repetición- el elemento constituyente más radical de todo empuje pulsional a la descarga, cuyo origen y puntos de retorno se sitúan “más allá del Principio del Placer”.

La conceptualización hecha por Lacan del fenómeno de repetición es absolutamente determinante para comprender su retorno a Freud. Lacan incluye **todas** las formas en que se manifiesta la repetición bajo la categoría de lo real. Por eso es decisivo poder identificar y distinguir los fenómenos de repetición de cualquier otro tipo de fenómenos. **La causa de la repetición, explica Lacan, es lo real y lo que se repite también es algo real, aunque venga disfrazado de imágenes y sentidos. En la repetición, siempre, está implicado lo real... más allá del principio del placer.** Y como acabo de referir, no es privilegio de la pulsión; el síntoma es también un camino de acceso a ese goce por fuera del principio del placer. En consecuencia, si el síntoma fue incluido por Lacan

en el campo de la repetición del goce es porque el inconciente, esa estructura significativa, está anclado en lo real. Esta deducción -que Miller encontró como novedosa en el seminario *Le sinthome*- está desplegada a lo largo de toda la obra de Lacan. Dice así:

*Mi tesis es que, al introducir una nueva escritura para el concepto de síntoma, Lacan exhibe el esfuerzo por escribir al mismo tiempo y de un solo trazo el significativo y el goce.*¹³

El error de la lectura del primer Miller, insisto, es haber entendido que el significativo, por pertenecer al registro simbólico, no podía al mismo tiempo participar de lo real, y por lo tanto, se encontraba imposibilitado de erigirse en referente de goce. A fin de subrayar la importancia que tuvo a nivel conceptual la repetición significativa del goce cito ahora otro pasaje de Lacan, esta vez del Seminario XVII, donde retoma y resume su perspectiva desarrollada durante los años anteriores.

La repetición. ¿Qué es la repetición? Leamos su texto [Más allá del Principio del Placer]: veamos lo que articula: lo que necesita la repetición, es el goce, el término está designado en sentido propio. Es en tanto que hay búsqueda de goce en tanto que repetición que se produce lo que está en juego en ese paso, el salto freudiano, que ese algo que nos interesa como repetición y que se inscribe en una dialéctica del goce, es propiamente lo que va contra la vida.

....

*Ahora viene lo que aporta Lacan: esta repetición, está identificación del goce, y acá tomo prestada, para darle un sentido que no está puntuado en el texto de Freud, la función del rasgo unario, es decir la forma más simple de marca, es decir lo que propiamente es el origen del significativo.*¹⁴

La frase “Ahora viene lo que dice Lacan” no remite al seminario que estaba dictando en ese momento. El “ahora” designa el tiempo del retorno de Lacan a Freud, y esta vez es Lacan quien aclara que con eso introdujo algo nuevo, algo que no fue explicado así por Freud: la función del Significante Uno –el Nombre del Padre- articulado al campo de la *Wiederholungsvang*. La repetición del goce articulada en la repetición significativa, de vieja data en Lacan, es el punto pivote de un supuesto cambio de axioma del último Lacan que Miller se propone desentrañar.

*Ciertamente el síntoma está articulado a partir de una estructura significativa. ¿Cómo pensamos el goce que está capturado allí?*¹⁵

El inconciente y el sentido.

¹³ J.A. Miller. *Los signos del goce*, op.cit. p.241

¹⁴ J.Lacan, *Seminario XVII El reverso del psicoanálisis*. Argentina, Paidós, 1992, p 49.

¹⁵ J.A. Miller *Los signos del goce*, op.cit. p. 252

*Si antes nuestro punto de partida era el sujeto, ahora lo es el goce, que está en el otro extremo.*¹⁶

Esta cita nos permite ver el esfuerzo de Miller por redefinir la *Spaltung* del sujeto una vez que se confrontó con la categoría del significante del goce. La separación entre el significante y lo real, es solo parcialmente correcta, porque el significante del goce funciona como embriague entre ambos. La división del sujeto que propuso Lacan, nunca fue entre el significante y lo real. Su primera enseñanza estribó en destacar la necesidad de separar dentro de la estructura del significante, lo que concierne al sentido y lo que corresponde a su composición material, fonemática, despojada de sentido. Esta última es, precisamente, la que brinda apoyo al inconciente en lo real en tanto excluido del campo del saber. El estatuto de los significantes reprimidos fue definido por Lacan como estructura de borde entre lo simbólico y lo real, pero no por fuera del lenguaje. Una cita de Lacan del año 1977, que recoge y reafirma este principio planteado desde sus inicios indica claramente como explicó la división del sujeto:

*Pero esto quiere decir al mismo tiempo, y eso es lo que he tratado de borrar en el grafo que produjo en los viejos tiempos - yo he escrito el significante de que el Otro no existe, así, S(A/). Pero al Otro en cuestión, hay que llamarlo por su nombre, el Otro, es el sentido, es el Otro-que-lo-real.*¹⁷

Subrayo lo esencial de este pasaje: ese Otro que resulta barrado por el mensaje del inconciente, remite a la categoría del Otro imaginario donde el sujeto supone el saber como ya sabido. No es el Otro definido a veces como equivalente a la estructura del lenguaje.

Hay tres referentes para explicar el síntoma. El primero, la Cosa de goce, "a", producto caído de la trama significante, que instaura y soporta el registro de lo real en el sujeto. Es la causa última que motoriza el automatismo de repetición que siempre es del orden de lo real. La pulsión es su primer medio de transporte. En segundo lugar, el significante Uno, operador significante del sin sentido del lenguaje, lo real del lenguaje, punto de partida de la repetición significante. El tercero de esta serie corresponde a los efectos de retorno, de irrupción de lo real en la superficie del Otro, engendrando allí fisuras traumáticas. En el grafo del deseo, Lacan escribió dos matemas hermanados a la repetición de lo real de goce: la pulsión, S/<>D, y, con un solo matema la amplia gama de formaciones del inconciente, S(A/). El primer Miller lo había entendido de manera muy diferente y, cuando se confrontó con la conjunción del significante con lo real, creyó que Lacan había virado ciento ochenta grados.

¹⁶ *Ibid.*, p. 341.

¹⁷ Lacan, J. Seminario 24. *L'insu que sait de l'une-bevue s'aile a mourre*. Clase 5. 8 de Marzo de 1977. texto establecido por J.-A. Miller en *Ornicar?*, 16. Trad. R.R. Ponte Circ. Int. EFBA

¿Y el síntoma?Cuál es el cambio de axiomática que realiza Lacan respecto al síntoma en la época del grafo del deseo? En aquel momento el axioma de Lacan era definir al síntoma a partir del sentido. Y para resumir, el cambio de axiomática de su última enseñanza, basta indicar que lo define a partir de lo real.¹⁸

Si inicialmente Miller no pudo advertir que el inconciente era del orden de la existencia significativa en lo real, significa que entendió que el inconciente pertenecía al campo imaginario. ¿Estoy deshonrando la lectura del primer Miller?

No sé si notan que la perspectiva, el drama esencial de la última enseñanza de Lacan es la discusión sobre el estatuto imaginario del inconciente. Lacan no considera que esté resuelto.¹⁹

Si un alumno universitario, cursando Lacan I escribiera en su examen que antes del viraje de los 70, Lacan teorizó el estatuto del inconciente en el registro imaginario, sin duda, merecería ser reprobado. A menos que sea alumno de una cátedra del mismo Miller.

De modo que para definir el estatuto del inconciente que no sea imaginario la histeria no nos es de ninguna ayuda. Debemos recurrir a la psicosis, cuyo síntoma se inscribe en lo real.²⁰

Si el inconciente es concebido a nivel de los efectos de significado, resulta que el significante reprimido estaría acuñado en el inconciente como un sentido. Aunque a cualquier lector crítico, le resulte absurda esta deducción, es la que Miller nos presenta como habiendo sido la del primer Lacan. ¿Qué podría resultar de su segunda lectura de la obra de Lacan, cuando aquello que cuestiona de la primera fue tan mal comprendido?

El grafo de la división del sujeto.

Sostener que el inconciente esté anudado a la repetición de lo real no lo exime de pertenecer al registro de lo simbólico y estar estructurado como un lenguaje. Hay algo en la naturaleza del significante que participa de lo real, algo que circunscribe en lo simbólico, un agujero, algo que se hurta al saber, algo que está por fuera del campo semántico del lenguaje, algo que no entra en lo imaginario del ser hablante. Sobre esta propiedad del signo lingüístico, Lacan definió el inconciente estructurado a nivel de la letra y fuente de la equivocidad irreducible de todo lo que se amasa como saber. En cuanto a la nomenclatura, designó de muchas maneras el elemento clave de esta función asemántica del lenguaje. Empezando con la de un significante primordial, el

¹⁸J.A. Miller *Los signos del goce, op.cit.*, p.338

¹⁹*Ibid.*, p. 439

²⁰*Ibid.*,p. 413

Nombre del Padre, que adquiere luego la notación S1. A partir de que “existe al menos Uno”, correlato conceptual de la represión originaria, se instituye el conjunto de los significantes “reprimidos secundariamente”, es decir, fuera del registro del saber. Cada uno de los elementos del conjunto que funda el Uno - o sea, la cadena signifiante inconciente- también son los que escribe Lacan con el matema S1. De donde la simplicidad de indicar la división freudiana entre el sistema inconciente y el preconscious, con los matemas S1 y S2.

Pido disculpas al lector de estas líneas por detenerme en una recapitulación de estos principios tan básicos de la enseñanza de Lacan, pero lo hago porque el manejo de desarreglos y complicaciones que ha introducido Miller al respecto tiñó de confusión las entrañas mismas de dicha enseñanza. Nada, absolutamente nada, de las tesis de *Ce qui fait insigne* puede ser entendido sin tener presente que Miller sitúa su punto de Arquímedes para mover el mundo lacaniano, en el tardío reconocimiento de la función del Nombre del Padre como embrague entre el lenguaje y lo real. Dejo para más adelante el interrogar también al Otro Lacan, al que nació de la pluma de Miller, cuando éste incluyó en su consideración algo tan fundamental que, sin lugar a dudas, había leído pero al mismo tiempo ignorado.

Para volver a constatar el argumento de la precocidad de Lacan en formular el empalme entre inconciente y goce me remitiré en principio al grafo del deseo, tal como fue elaborado a lo largo del quinto seminario. Este grafo apunta a situar la división del sujeto establecida por Freud en una composición topológica relativamente sencilla:

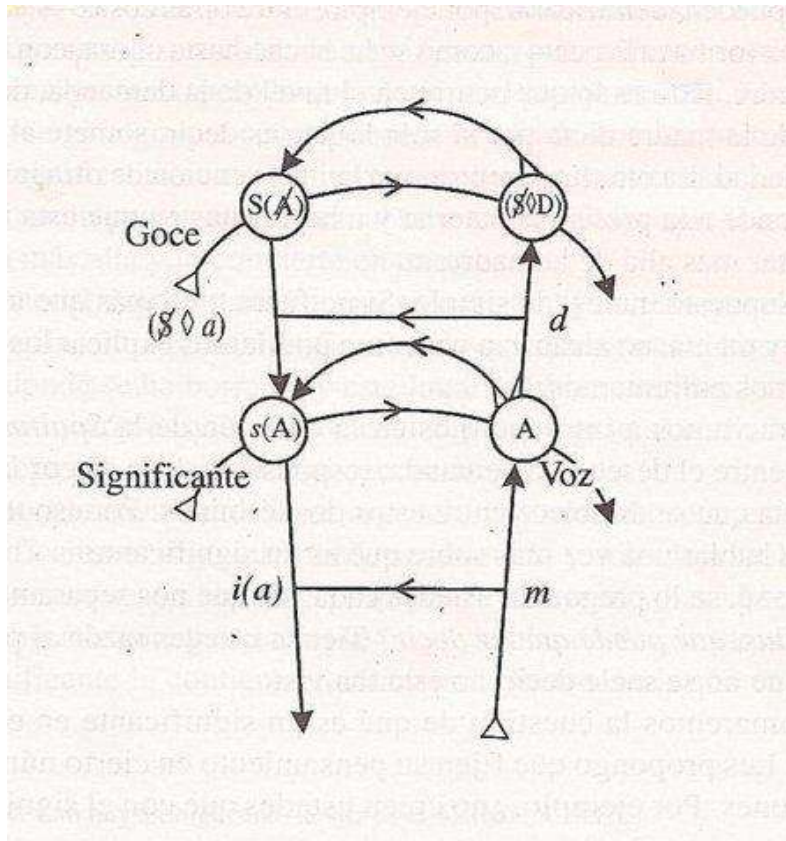
*...siempre hay una Spaltung, es decir siempre hay dos líneas en las que el sujeto se constituye.*²¹

La siguiente cita de la página 349, del texto del seminario de *Las formaciones del inconciente* establecido por Miller anuncia la primera presentación completa de dicho grafo, tal como lo presentó también en el Escrito *La subversión del sujeto...* .

*Esa distancia, esa Spaltung, se encuentra aquí reflejada en la construcción de este pequeño esquema que les propongo hoy por primera vez en la pizarra.*²²

²¹ Lacan, J. Seminario V. *Las formaciones del inconciente*. Buenos Aires, Paidós, 1999, p, 402

²² Ibid, p. 349



El Inconciente se encuentra representado en la línea horizontal superior, y, en torno a la línea central inferior, aparece el conjunto de subestructuras y funciones relativas a los efectos imaginarios que engendra la alienación del sujeto al mundo del lenguaje. En cuanto a lo que Freud designa como función de la conciencia, encuentra su representación en la línea en forma de pera - que Lacan llamó la línea del discurso-.

Lo primero que salta a la vista es la palabra Goce sobre el vector superior. En la página 400 de *Los signos del goce* Miller transcribe otra versión casi igual del mismo grafo, pero en el lugar donde estaba escrito Goce, figura ϕ , el significante Fallo. Comprobamos pues, la equivalencia entre una función del significante que llama Fallo y una categoría que nombra Goce. En la página 335 de *La subversión del sujeto...*²³, Lacan nombra al ϕ como el “significante del goce”. Suficiente para advertir que no es de los años 70 el axioma lacaniano que liga el goce al significante. ¿Cómo no reconocer en los dos vectores horizontales dos pisos diferentes del significante? Se trata de los efectos del significante en la constitución del sujeto dividido que con el tiempo Lacan redefinió definió como “efectos de escritura” y “efectos de significado”. Sin embargo, el primer Miller había entendido que los dos pisos dividían, por un lado al significante, y por el otro, a lo real desanudado del significante.

²³ Lacan, J. Escritos II. *La subversión del sujeto y la dialéctica del deseo en el inconciente freudiano*. Siglo XXI. 1971. México. Pág. 335.

La formalización topológica tiene la ventaja de permitirnos localizar la articulación lógica de los conceptos sin entender acabadamente sus implicaciones teóricas. De este modo, podemos constatar que, en la perspectiva de Lacan, la mitad del sujeto que representa la cadena significativa inconciente está articulada con la función del goce. Pero hay además algo más difícil de entender después que hubiera crecido tanto arbusto alrededor: sobre la misma línea del inconciente y en una posición equidistante a la del Falo, Lacan escribió del lado derecho, la palabra Castración. Por el momento, solo subrayo este punto, para que no se olvide, esta correlación en un mismo nivel entre el Goce y la Castración o entre el significativo Falo y la Castración.

Lacan escribió en el mismo lugar del grafo ϕ y goce. Pero, ¿cual de las múltiples vertientes del goce especifica la letra ϕ ? Descartamos que sea, como podría deducirse erróneamente, cualquiera de las modalidades del goce fálico, por una sencilla razón: si sobre el mismo vector, Lacan agregó la palabra Castración, la letra ϕ no podría representar al mismo tiempo el goce fálico y algo que hace fallar al goce fálico. El goce fálico es imaginario y se explaya en el piso inferior del grafo. Dijo Lacan:

*El goce fálico es aquel que aportan, en suma los semas.*²⁴

La función fálica se corresponde a la función semántica del significativo y el significativo ϕ constituye la excepción.

*(...) el ϕ , que como significativo es su soporte [del sujeto barrado] el cual se encarna igualmente en el S1 que, entre todos los significantes, es el significativo del cual no hay significado, y que, en lo que toca al sentido, simboliza su fracaso.*²⁵

En las páginas siguientes subraya la equivalencia lógica y topológica del significativo Falo y su matema del significativo *maitre* donde encontramos el siguiente comentario.

*Pienso que aún tienen el recuerdo del rumor que logré inducir la última vez designando a este significativo, S1, como significativo del goce.*²⁶

La puntuación de Lacan es suficientemente clara en lo que concierne a tocar un punto sensible a las almas bellas. Manteniendo la misma perspectiva, aclaró en el Seminario XXIII:

*Esta letra Φ sitúa las relaciones de lo que llamaré una función de fonación — esa es la esencia del Φ , contrariamente a lo que se cree —...*²⁷

²⁴ J. Lacan, *Los no incautos yerran. Seminario XXI (1976-77)*. Trad. Irene Agoff y Evaristo Ramos. Circulación interna de la EFBA. Clase Nº 15, del 11/6/ 74.

²⁵ Lacan, J. *Seminario XX, Aún*. Argentina, Paidós, p. 97

²⁶ *Ibid.*, p. 113

La función de fonación aísla aquello que, en la estructura del significante, es estrictamente asemántico. Dicho de otro modo, aísla la instancia de la letra en el lenguaje.

Volviendo a la cuestión del goce que especifica este significante Faló, no podría sino estar incluido dentro de los “procesos primarios” del inconciente que Freud describió sin contar con la categoría del significante ni de lo real. Todo esto nos permite concluir que la línea superior designa el vector de la existencia de lo real, y resulta un anticipo de la elaboración de la cuarta cuerda del nudo borromeo, llamada la cuerda del *Sinthome*.

El síntoma y las otras formaciones del inconciente.

En *Los signos del goce*, Miller da prueba de no ignorar la dimensión del inconciente como escritura. Incluso reconoce que fue una articulación temprana de Lacan, pero le niega el valor de fundamento del inconciente que éste le otorgó desde el inicio. Como si Lacan no se hubiera dado cuenta del alcance de sus planteos al respecto.

No obstante, agregaba [Lacan] que con el síntoma –los remito a la página 426 de los Escritos, comunicación de 1957- se trata siempre de lectura y de escritura. Les citaré esa frase premonitoria: “Así, si el síntoma puede leerse, es porque él mismo ya está inscripto en un proceso de escritura.” En el fondo, hay necesidad de referir el síntoma a un proceso de escritura y no de palabra.

(...) Por el hecho que este efecto [de goce] está implicado en el síntoma analizable debe serle referido un proceso de escritura. Y aunque Lacan recién lo percibió con Joyce, ya lo encontramos en la pág. 426 de los Escritos.

Por eso, y desde siempre- aunque hacía falta un esfuerzo de pensamiento para destacarlo-, Lacan vinculó al síntoma con la escritura y no con la palabra. El sentido es lo que nos fascina en la palabra, pero no podemos decir lo mismo de la escritura, la cual solo compete al significante en tanto se distingue de los efectos de significado.²⁸

Estamos seguros que la letra no escribe el sentido, pero habría que hacer “un esfuerzo de pensamiento” para demostrar que es incompetente para escribir palabras. Veamos como continúa la cita:

Así pues, Lacan acentuaba la estructura de lenguaje del inconciente y, a la vez, ponía el síntoma en otro lugar, lo apartaba.²⁹

²⁷ Lacan, J. *Seminario XXIII. El sinthoma, Clase 9 16/3/76. Trad. R.R.Ponte. p. 10. Circ.Int. EFBA*

²⁸ J.A. Miller *Los signos del goce, op.cit ., p. 277*

²⁹ *Ibíd. P 277*

La tesis según la cual Lacan ponía al síntoma en otro lugar respecto al resto de las formaciones del inconciente es verdaderamente un malabarismo teórico. No se trata de un error tipográfico. Ante una evidencia textual (que fue sin duda detectada por Miller), para justificar sus prejuicios necesitó oponer el síntoma - o sea su novedosa comprensión del síntoma que incluye al fantasma- a las otras formaciones del inconciente. Llegamos así a una afirmación como la siguiente:

*Cuando destacamos su inconsistencia, su fugacidad, las formaciones del inconciente – el sueño, el lapsus, el chiste- se caracterizan por su oposición al síntoma.*³⁰

La oposición mencionada no atañe solo a la morfología clínica, sino también a diferencias topológicas y estructurales. Evidentemente, para Miller hubiera sido un serio obstáculo aceptar que las formaciones del inconciente comportaran esa dimensión del goce ligada a la repetición de lo real. Pero cuando aceptó reconocer aquello que estaba escrito en la fuente lacaniana, entonces torció la lógica rigurosa de Lacan en dirección a sus preconceptos. El siguiente es un pasaje que muestra el estilo del vale todo con el que Miller aborda los conceptos de Lacan.

*El síntoma, en cambio, se sostiene allí donde solo hay S1, que se repite, y esto, a mi entender, es lo que quiere decir Lacan cuando formula que del inconciente todo es susceptible de escribirse con una letra. En otras palabras, en ese inconciente, solo hay Unos, pero todo lo que es Uno en el inconciente puede escribirse con una letra; o sea que bien puede no representar al sujeto. Lacan agrega que el síntoma opera de un modo salvaje una escritura con letras y a veces con partes del cuerpo.*³¹

Escuchando a sus pacientes, ¿Miller habrá encontrado en la repetición del inconciente un pedazo de intestino u otras “partes del cuerpo”? Poner lo real del significante en continuidad con lo real corporal es una extraña manera de entender a Lacan. Además, si como dijo innumerables veces Lacan, que el S1 representa al sujeto para el resto de los significantes ¿qué asidero tiene el agregado de que también puede no representarlo?

*Sabemos que todo S1 puede representar al sujeto...pero también puede no representarlo y escribirse con una letra.*³²

No sería un error demasiado serio si solo se tratara, para Miller, de reencontrarse tardíamente con ciertos pilares incomprendidos de la enseñanza de Lacan. El problema es que al tiempo que reconoce la articulación del inconciente con lo real plantea que con ello se abriría una fundamentación nueva y diferente del psicoanálisis. Afortunadamente contamos con pasajes de Lacan que permiten leer la continuidad su pensamiento y diluir los efluvios enigmáticos que sugiere Miller. Sirva como ejemplo el siguiente:

³⁰ Ibid. P 394

³¹ Ibid p., 349

³² Ibid p, 349

“Sí, que el sueño sea un jeroglífico (rebus) dice Freud, naturalmente no es lo que me hará desistir ni por un instante de que el inconciente está estructurado como un lenguaje. Solo que es un lenguaje en medio del cual apareció su escrito.” ³³

El goce del síntoma y el goce del fantasma.

Retomo el análisis del grafo por el matema S(A/). El significante de la falla en el Otro designa la *Befriedigung* del síntoma como efecto de verdad o efecto de significación o también llamado efecto de metáfora. Miller confunde, casi permanentemente, los efectos de verdad con los efectos de significado. Lacan definió el efecto de verdad que comporta la repetición de la letra en el discurso como un modo de alcanzar lo real. El efecto de verdad es de lo real. Los efectos de significado – imaginarios- son los que se plasman, por supuesto, en el campo del Otro.

El matema S/<>D, no escribe el montaje de la pulsión ni la totalidad de su circuito, sino el lugar donde lo real pulsional sale a la superficie, el punto donde el sujeto goza de la pulsión por desfallecer (S/) como objeto imaginario de la Demanda del Otro. Porque además del síntoma y la sublimación - que aportan satisfacción al fin de la pulsión por medio de la repetición literal, hay otro campo donde ese goce no cesa de no escribirse, por ejemplo, el que concierne al erotismo, las adicciones, etc.

Lo que no cabe duda es que en la perspectiva de Lacan, el goce del síntoma y el goce de la pulsión están ensamblados con la función del automatismo de repetición y alcanzan su meta más allá del principio del placer.

Por lo tanto, la gama de goces que podemos ubicar por debajo de la línea horizontal superior del grafo queda englobada dentro del principio del placer y por fuera de la ley de repetición. Quiero destacar particularmente, que el goce del fantasma, el denominado goce del Otro -sin barrar,- no fue incluido en el grafo por Lacan dentro del campo de repetición del goce sino del lado del principio del placer.

En el texto *Una distinción clínica...*, Miller había explicado que el fantasma es como una maquina de convertir el goce en placer. A mi juicio, es una buena definición. Concuere con las explicaciones que Lacan dio sobre el fantasma, en tanto constituye una defensa frente al goce. Dicho de otra manera, el goce del fantasma no es otra cosa que una barrera frente al goce. Pero, ¿frente a qué goce? Pues el goce traumático que viene del lado de la repetición pulsional. Es cierto que se podrían encontrar en las explicaciones de Freud, algunas puntas para pensar que el fantasma, en virtud de su estructura esencial de carácter masoquista, es una vía de satisfacción de la pulsión de muerte. Sea como fuere en Freud, los argumentos de Lacan nos ponen de mil

³³ J. Lacan. Seminario XVIII. *De un discurso que no sería del semblante*. Clase 5. 10 de marzo de 1971. Trad. R. R. Ponte. P. 19 Cir. Int. EFBA.

maneras en la pista de reconocer que la función del fantasma reside en sostener una pantalla para cubrir el agujero de la castración en el Otro y por consiguiente, asegurar el reinado del principio del placer. El goce del síntoma satisface al significante amo, al Uno, mientras que el fantasma trabaja para Otro amo.

Entonces, ¿en que se apoyó Miller para reunir síntoma y fantasma en una sola estructura? ¿Como entendió la relación entre el sinthome y la pulsión? Sería una tarea titánica encontrar los argumentos de todas las hipótesis que figuran en *Los Signos del goce*. Por lo general, mantienen una coherencia interna a su pensamiento aunque alejada de la de Lacan, pero otras veces, simplemente carecen de lógica. De todas formas, con las anteriores consideraciones ya entramos en el terreno del Nuevo Lacan, el que, entre otras cosas anunciaría la unificación del síntoma y el fantasma.

El Nuevo Lacan

Comenzaré interrogando los empleos que hizo Miller de la categoría de goce, ya que se enfrenta a la soberbia tarea de crear la mixtura del goce del fantasma y el goce del síntoma. Asevera:

*Evidentemente, desde el momento en que la satisfacción de la pulsión habita en el corazón del fantasma*³⁴

El primer desliz. Le resulta “evidente” algo que contradice la definición de Lacan, reafirmada en algún momento por Miller, de que el fantasma transforma el goce de la pulsión en goce del Otro. Pero como hace un “esfuerzo de pensamiento” para ponerlo en la misma bolsa con el goce del síntoma, introduce algunos retoques. Sigo:

*Y lo que tienen en común [fantasma y síntoma] desde el punto de vista del analista, es el goce. Existe un gozar del síntoma, que fue con lo que Freud tropezó en el camino de la interpretación analítica-destinada a liberar el mensaje contenido en el síntoma- y llamó de diversas maneras: reacción terapéutica negativa, masoquismo primordial. Es decir, se topó precisamente con el goce del síntoma, que hace mal y que por lo tanto es contrario al deseo.*³⁵

No puedo dejar de mencionar que Lacan descartó radicalmente y en una época temprana, el concepto freudiano de masoquismo primordial. Aunque definió de masoquista la esencia de todo fantasma, la categoría freudiana fue dejada de lado porque el masoquismo primordial implicaba el problema de ubicar al fantasma del lado de los fundamentos de la estructura y no, como hizo Lacan, donde se plasman sus efectos imaginarios. En su retorno a Freud, Lacan rescató el concepto freudiano de *Wiederholungszwang*, para englobar los fenómenos de repetición del goce

³⁴ J.A. Miller *Los signos del goce*, op.cit pag 407

³⁵ *Ibid.*, P. 270

traumático y a-sexual, el goce “que hace mal”. Por otra parte, si para justificar su lectura Miller se viera necesitado de desexualizar el goce del fantasma, no sería suficiente un cambio de postulado sino empezar todo de nuevo.

Había pasado de largo una observación de Miller contenida en una de las primeras citas donde decía que después del seminario XXIII Lacan dejó de hablar de fantasma. Efectivamente, en las últimas épocas, Lacan ponía el acento en explicar que la función del fantasma era sostener la ilusión de que la relación sexual existe. Y pasó a hablar de relación sexual en vez de emplear la palabra fantasma. Paralelamente, del lado del automatismo de repetición, precisó los modos de fallar la relación sexual. En este camino, el último Lacan expresó que:

*No hay relación sexual, ciertamente, salvo entre fantasmas.*³⁶

Respecto a la reacción terapéutica negativa, que Miller pone en continuidad con masoquismo primordial, en el Seminario V de Lacan figuran algunas páginas donde explica que el fenómeno descrito por Freud se limitaba a aquellos casos donde se manifiesta una profunda tendencia al suicidio, y es una respuesta diferente a la resistencia universal del sujeto a la cura analítica. Ni el fantasma ni la reacción terapéutica negativa, fueron jamás tomadas por Lacan como modelo de satisfacción sintomática. Pero nada detiene a Miller en la meta de aglutinar síntoma y fantasma.

Puesto que el fantasma determina el marco mismo de la realidad, podemos formular, siguiendo a Lacan, que el sujeto no goza sino de sus fantasmas.

*Esto que acabo de recordarles me permite recordarles lo que tienen en común el síntoma y el fantasma; a saber – y no agreguemos más por el momento-, cierto goce.*³⁷

Es una forma ambigua hablar de “cierto goce” en común entre el fantasma y el síntoma, porque de acuerdo a la tesis mayor del libro se trata de un solo goce. ¿Goce pulsional más allá del principio del placer? ¿Goce sexual masoquista? La superposición de hipótesis contradictorias oscurece el terreno para captar una orientación precisa. Un buen lector de Miller sería aquel que supone que sabe lo que dice, sin escarbar demasiado.

Desde su experiencia cotidiana a un analista le debería resultar muy forzado englobar en un solo bloque las dimensiones clínicas del síntoma y el fantasma: el goce del síntoma se caracteriza por irrumpir en la realidad fantasmática atravesando los diques de contención, concientes o no. Por el contrario, el goce del fantasma brinda estabilidad, constancia, seguridad. Aunque el yo se queje y rebele por los sacrificios que implica trabajar para el Otro que lo goza, no lo suelta fácilmente. Es una mezcla de placer y displacer diferente a la del síntoma. Por ello, hubiera tenido una importancia decisiva para la comprensión de las tesis de Miller, precisar las referencias clínicas en

³⁶ J. Lacan. *Seminario 25. El momento de concluir*. Clase 3. 20/12/1977. Trad. Pablo Kania. Inédito

³⁷ J.A. Miller *Los signos del goce, op.cit*, P. 277

que apoya sus deducciones teóricas. Pero intentaré seguir el hilo conductor del razonamiento de Miller a fin de obtener una respuesta a la pregunta sobre las singularidades de ese goce sintofantasmático que propone. En la página trescientos ochenta y uno de los *Signos del goce* encontramos la siguiente afirmación:

*Dado que el rechazo del goce se produce en todos los casos, la cuestión es saber que lo domestica. Pues bien, el síntoma lleva a cabo esa contención. Por eso la función del padre es la función del síntoma.*³⁸

Este pasaje contiene una gran condensación de incongruencias teóricas. ¿Qué quiere decir “que el rechazo del goce se produce en todos los casos”? Si tomamos caso por caso, siempre vamos a encontrarnos con una infinita variedad de formas que adopta el conflicto entre lo que pulsiona desde lo real y lo que tiende a domeñar ese goce. De todas maneras, el rechazo universal al goce no es sino un sueño de moralistas endurecidos que no cesa de fracasar. Pues bien, Miller, no conforme con que el “rechazo del goce se produce en todos los casos” busca, de manera incomprensible, precisamente en el inconciente las herramientas naturales, por así decir, para domesticarlo. Y formuló que el síntoma lleva a cabo esa tarea de contener el goce. Como se puede observar al menos en este pasaje, la función del síntoma estaría de acuerdo a las coordenadas clásicas del fantasma: una barrera frente al goce. De este modo, en el último Lacan tanto el nuevo síntoma como las clásicas formaciones del inconciente - que Miller había convertido en emisarias del deseo del Otro- tendrían la función de robustecer la instancia moral en los seres hablantes. Nada opera en el sujeto para salir de su alienación al Otro. Algo no anda bien en esta perspectiva.

Este vigor por la tarea civilizadora de domar el goce lo encontramos a cada paso de la enseñanza de Miller. Así por ejemplo, luego de haber explicado con llamativo desconocimiento que la técnica analítica del primer Lacan apuntaba a aportarle sentido al síntoma por medio de la interpretación, concluye que:

*Falta aun entender como domesticar al síntoma a partir del equívoco y no del sentido.*³⁹

¿No insinúa que la misión del analista se da la mano con el gran censor? Siempre domesticador. Es suficiente leer el Escrito “Kant con Sade” para encontrar en Lacan una extensa explicación acerca de la disimulada intrincación entre la función moral y el fantasma. Por otra parte, cualquier psicoanalista puede advertir diariamente hasta qué punto los mandamientos superyoicos de sus analizantes están profundamente entrelazados con las exigencias derivadas de sus fantasmas. Este vínculo no impide que los puntos donde emerge la repetición, es decir aquello que los antiguos psicoanalistas identificaron como sintomáticos del inconciente, sean puntos donde fallan esas exigencias. Pero no podemos saber cómo procesa Miller la experiencia del análisis para arribar a la conclusión que ambos tiran del mismo lado.

³⁸ *Ibíd.*, P. 381

³⁹ *Ibíd.*, P. 395

Yo no digo que Miller se proponga voluntariamente amordazar al sujeto del inconciente. Una inmensa serie de declaraciones parecen sostener una posición de desafío a las convenciones y reivindicación del carácter subversivo de la verdad analítica. Pero esa posición moralizante es la que compruebo en su texto.

¿Y el “agente de la castración”?

Hay un punto clave en lo que vengo desplegando. Se trata de una fórmula de Lacan que recorre el Seminario XXIII: el síntoma es un descendiente del padre y encargado de realizar su misión, y más precisamente, que el síntoma es una “suplencia” del Nombre del Padre. Sobre esa conjunción Lacan asienta la cuerda del *sinthome*. Miller admitió esta relación que expresa así:

*La función del padre se preservará como homogénea e incluso como idéntica a la función del síntoma.*⁴⁰

Cabe subrayar un desliz conceptual en la frase citada porque si fueran idénticos no habría ninguna relación entre ellos. La mencionada “suplencia” de la que habla Lacan, no se debe a que el Nombre del Padre se retiró de la cancha, sino que el síntoma juega lo que él prescribe - ya que el Nombre del Padre nunca aparece directamente-. Pero cuando el Nombre del Padre está forcluído del equipo, en el lugar correspondiente al retorno sintomático de lo reprimido que caracteriza el mecanismo neurótico, “aparece en lo real”, ante el sujeto, un mensaje alucinado. Lacan explica este fenómeno alucinatorio como un intento de restituir la función del padre, aunque dicha restitución no cumple la misión de anudar los distintos registros de la estructura subjetiva. La cuarta cuerda del nudo borromeo, que enlaza al padre, al inconciente y la repetición sintomática en el orden de lo real, describe solamente la estructura neurótica. Cito a Lacan:

*Y es precisamente en eso que consiste hablando con propiedad el *sinthoma* y el *sinthoma*, no en tanto que es personalidad, sino que respecto de otros 3 se especifica por ser *sinthoma* y neurótico.*⁴¹

Pasando por alto la clara indicación de Lacan tanto como su fundamentación, el autor de *Los signos del goce* propone que con la elaboración de la cuerda del *Sinthome* Lacan establecía las bases para una nueva comprensión de la estructura del sujeto a partir de la psicosis. La siguiente cita expresa esta titánica afirmación:

*Por eso, la última enseñanza de Lacan ya no toma como referencia la neurosis, sino la psicosis, y piensa el inconciente a partir de ella.*⁴²

⁴⁰ *Ibíd.*, P. 365

⁴¹ J. Lacan, *Seminario XXIII. El Sinthoma*, Clase 3. 16 de Diciembre de 1975. Trad. R.R.Ponte. Circ.int. EFBA.

⁴² J.A. Miller *Los signos del goce*, *op.cit* P. 413

En esta dirección Miller forjó el concepto de “forclusión generalizada” como mecanismo constitutivo del sujeto. ¿Cuál podría ser la necesidad de Miller para forjar esta tesis imposible de justificar? Lo único que puedo constatar es que después de haber forcluído al Nombre del Padre de su comprensión teórica de Lacan, la pretensión de incorporarlo lo empuja a reordenar a toda costa el estallido conceptual.

Que Lacan haga figurar al Nombre del Padre en lo real, y como soporte de la cuerda del *Sinthome*, no es ni más ni menos que la esencia de elaboración de la función paterna que hizo en sus primeros seminarios, la misma que desencadenó en el 63 la gran revuelta que terminó con su excomunión de la Asociación Internacional de Psicoanálisis. Después tomar sus precauciones, no se cansó luego de insistir que existe Uno en lo real que inicia el ciclo de repetición significativa.

*(...) es este “al menos Uno” en el que se soporta el Nombre del Padre.*⁴³

*No hay ninguna reducción radical del cuarto término,[o sea que el anudamiento neurótico no deviene nunca en una psicosis] es decir que incluso el análisis, puesto que Freud no se sabe por qué vía - ha podido enunciarlo: hay una Urverdrängung, hay una represión que jamás es anulada. Es de la naturaleza misma de lo Simbólico comportar ese agujero; y es este agujero lo que yo apunto, que yo reconozco en la Urverdrängung misma.*⁴⁴

Miller pasó por alto que Lacan, cuando revisó el gran modelo explicativo freudiano del complejo de Edipo, concibió el fundamento de la función del padre en el campo de lo reprimido, de lo reprimido original y no a nivel de la instancia prohibidora. Una breve cita nos permite reconocer la precocidad de su elaboración:

*El fin del complejo de Edipo es correlativo a la instauración de la ley como reprimida en el inconciente, pero permanente.*⁴⁵

Sin incluir esta referencia fundamental ¿cómo entender el hilo lógico que hilvanó el conjunto de sus desarrollos teóricos?

El superyó como heredero del padre, según la clásica definición freudiana, es un fiel retrato del Otro del fantasma. La pulsión es su gran enemigo y busca el sometimiento del yo para asegurar su goce, el goce del Otro que no existe. Pero si aceptamos que el síntoma es el hermano menor de la pulsión, eso quiere decir que el Uno es parte de esa misma familia, la familia del automatismo de repetición del goce. Ante tal conclusión puedo imaginar a Miller objetando: ¡es

⁴³ Lacan, J., *El saber del psicoanalista*. Clase 2. Buenos Aires, ENAPSI, 1971, p., 112

⁴⁴ Lacan, J., *Seminario XXIII. El Sinthoma*. Op. Cit. Clase 2, 09/12/1975.

⁴⁵ Lacan, J. *Seminario IV, La relación de objeto (...)*. Barcelona, Paidós, 1994, p. 213

un absurdo poner en la misma bolsa al Nombre del Padre, responsable de la ley, con la endemoniada *Wiederholungszyklus*! Miller explica:

En este sentido –vuelvo sobre lo que ya articulé- situamos el Nombre del Padre por su efecto de significación, que Lacan llamó significación del falo y que, en definitiva, es una civilización del goce.⁴⁶

Esto huele a una definición del padre como garante de la ley moral, es decir, del padre como soporte del enunciado de una prohibición. Pero pasa soslaya que detrás, insabible, en lo real, existe el Uno responsable de la unicidad, de la pura diferencia. Es el Uno que corta lo que le sentido unifica. La intrincación entre el Nombre del Padre y el síntoma nos lleva a la otra orilla de la unificación, nos conduce a la función de corte, y en primer lugar, al corte castrativo de la sujeción del sujeto a la ley del deseo de la madre.

Si se toma en cuenta la tesis de Lacan que inscribe el Nombre del Padre en el inconciente, es sencillo deducir que el síntoma intervenga como representante del padre. Cuando Lacan definió en “La Tercera”, que “el síntoma viene de lo real” nos enredamos los pies sin tener en cuenta que viene del Nombre del Padre, especificado como significante en lo real. ¿Acaso no había definido Lacan, ya en el seminario de “Las relaciones de objeto”, al “Padre real”, pivote de la función del padre, que especificó como el “agente de la castración”?

No hay nada que contradiga las primeras formulaciones en los enunciados teóricos del “último Lacan”. Explicitar y profundizar a la luz de un nuevo modelo teórico una dimensión del síntoma que ya estaba articulada lógicamente con otras herramientas conceptuales, no es lo mismo que inventar un nuevo axioma.

Es relevante que la identificación del Nombre del Padre con el goce de la repetición inconciente haya quedado en penumbras en otras lecturas más o menos consagradas en el lacanismo de las que, evidentemente, Miller se hizo eco. ¡Cuántos disgustos se hubiera ahorrado Lacan con sus discípulos, de no haber introducido su conceptualización del Nombre del Padre!

Miller, aunque tardíamente, terminó por registrar esa conexión entre el padre y lo real. El tema es que hizo con ella porque lo vemos esforzado en conciliar lo irreconciliable en la medida que no alcanza a discernir la disyunción lógica que une y enfrenta al padre como Uno- que repite el goce traumático (castrador)-, con el Otro paterno como garante de la gran barrera frente al mismo.

En este punto puedo retomar una pregunta que dejé sin responder anteriormente ¿Por qué, en el grafo de la subversión del sujeto Lacan escribió Castración sobre la misma línea donde ubicó la función del significante del goce, ϕ ? En *Los Signos del goce* hay pocas reflexiones acerca de esta

⁴⁶ J.A. Miller *Los signos del goce, op.cit.*, P. 391

notación, y las que hay son lo suficientemente ambiguas. Comentando la línea superior de grafo del deseo, Miller explica que:

*El vector superior escribe de manera patente una elaboración: el goce se transfiere, queda transformado en castración.*⁴⁷

¿De dónde se transfiere el goce? ¿Que significa que el goce queda transformado en castración? No puedo entender. Lo que sí, en cambio, no puedo negar, es el principio lógico establecido por Lacan de que la repetición de lo real siempre comporta algo traumático, vale decir castrativo. Un padre real es el que no cesa de escribir la castración. Dijo Lacan:

*Lo que introduzco, lo que voy a enunciar de nuevo [respecto a los fundamentos freudianos de la función del padre] es que al emitirse hacia los medios de goce, que es lo que se llama saber, el significante amo no solo induce sino que determina la castración.*⁴⁸

Pero, a diferencia de la notación del Nombre del Padre sobre la cuerda del *Sinthome*, en el grafo figura la letra ϕ y no el padre de la castración. Como no quiero extenderme en largas argumentaciones; siguiendo el modo que vengo empleando predominantemente, prefiero puntuar las articulaciones teóricas para señalar las funciones lógicas. Un pasaje del último Lacan puede aclarar un poco más el asunto.

*Pero, en fin, no es sólo bajo este ángulo que enfoqué la metáfora paterna. Si escribí en alguna parte que el Nombre-del-Padre, es el Falo — ¡y Dios sabe qué estremecimientos de horror ha provocado esto en algunas almas piadosas! — es precisamente porque en esa fecha yo no podía articularlo mejor. Lo que está claro, es que es el Falo, desde luego, pero que es de todos modos el Nombre-del-Padre.*⁴⁹

Muchas veces al abordar algunos aspectos de la cuestión del Nombre del Padre Lacan dirige desdeñosos calificativos sobre aquellos de sus discípulos que se muestran reticentes a adoptar su conceptualización. Desde ya, este señalamiento no demuestra nada, sin embargo, no deja de ser una buena brújula para que el lector de Lacan pueda al menos localizar los puntos de su teoría más resistidos. La cita nos permite volver a verificar la continuidad que Lacan reconoce entre sus últimas elaboraciones y las primeras en relación al significante primordial. La referencia al Falo en el contexto de la cita no remite a los efectos de significación fálicos, ni al pene, ni al objeto imaginario falo, sino a su causa real, el Significante Falo, que se puede reemplazar sin alterar el

⁴⁷ Idíd.,p 357.

⁴⁸ J Lacan, *Seminario XVII*, op. cit. P. 23

⁴⁹ Lacan, Jacques, *Seminario XVIII: De un discurso que no sería del semblante* (1971) Clase 10 del 19/6/71. Trad. R.R. Ponte. Circ.Int.EFBA.

producto por el Nombre del Padre. Es el mismo operador que logifica con la proposición “existe al menos Uno que dice no a la función fálica”. En “dice no a la función fálica” resuena su oficio de agente de la castración.

No hay otra causa que lo real que determine la castración simbólica. Por fuera de la recuperación imaginaria del goce perdido que responde al principio del placer, la repetición del goce es equivalente a la efectuación de la castración.

¿Por qué es tan fácil de olvidar? Es sobre lo que insistiré siempre, es ahí [en la Befriedigung] donde está todo el resorte de lo satisfactorio, en lo que por otra parte, subjetivamente, se traduce como castración.⁵⁰

Esta relación entre goce y castración es lo que está indicado en la línea superior del grafo. No son dos procesos diferentes o sucesivos, ni la permutación de una cosa en otra; el goce y la castración son dos dimensiones diferentes y simultáneas de la insistencia de lo real donde se conjugan el padre y el síntoma. Miller entendió al revés esta articulación.

La operación del padre eso no quiere saber nada sobre el goce que no es satisfecho por la función fálica.⁵¹

Si leemos con atención veremos que estamos frente a la misma contradicción que antes: que el Uno, aunque lo haya reconocido como el significante de la excepción que niega la función fálica, en la lectura de Miller, es el que dice “Si” a la función fálica; es el que niega lo que no sea el goce fálico. En otras palabras, llegamos a la insensata conclusión: el agente de la castración tiene la función de preservar el narcisismo del sujeto ante el peligro de la castración. En la misma dirección Miller despega al S1 de su función de corte y lo redefine como soporte de la alienación al Otro.

S1 es un operador de la alienación, y, como tal, es colectivizante.

(...)Entonces, cuando ponemos en tensión S1 y a, notamos que se trata simplemente de lo que, por un lado, es colectivizante, idealizante, incluso universalizante, y por el otro, de lo que es particular.

(...)Tenemos así, del lado del S1, el lazo social y, del lado del a, el goce en tanto desocializado.⁵²

La clínica milleriana

⁵⁰ Lacan. *Lógica del fantasma, Seminario XIV* (1966-67), op.cit., clase Nº 13 del 8/3/1967

⁵¹ J.A. Miller *Los signos del goce*, op.cit . 377

⁵² J.A. Miller *Los signos del goce*, op.cit . p. 24

Aquí donde los operadores del corte, siempre de lo real, quedan confundidos con los ordenadores de la alienación ¿en qué dirección avanza la cura psicoanalítica? Si tuviera que definir en pocas palabras como entiendo el nervio vivo de la experiencia analítica, diría: se trata de ayudar al analizante a confrontarse con la verdad inconciente y avanzar en esa dirección que implica necesariamente ir cortando los lazos que lo mantienen alienado al deseo del Otro. En última instancia, operamos siempre en el seno de la dialéctica de alienación y separación. Esta dialéctica expresa la división del sujeto ante el goce, razón por la cual resulta decisivo saber distinguir aquellos fenómenos que apuntan a consolidar su posición alienada en la vía del fantasma y los actos de corte tributarios del automatismo de repetición. Por ello, el acto analítico se circunscribe a un modo de intervención significativa que tiende a redoblar aquello que el acto sintomático realiza, esto es un S(A/). Tendría que agregar, que, cuando se instala la transferencia, el analista en tanto Sujeto Supuesto Saber pasa a ocupar el lugar del Otro, y el analizante reactualiza o reproduce con él (un mecanismo diferente a la repetición) una nueva alienación. Por ello, el horizonte de todo acto analítico apunta a desligar al sujeto de su dependencia al deseo del analista, operación indicada en la eficacia de su interpretación: la emergencia de la verdad revela que el sujeto supuesto saber no existe. Esta simplificación esquemática, es sin embargo la base sobre la cual se montan innumerables factores y complejas relaciones. Pero si no podemos distinguir claramente el campo de los fenómenos que refuerzan la alienación del sujeto al Otro de aquellos otros que insisten en repetir un corte, no entiendo como se puede evitar entrar a la deriva y quitarle al análisis los principios de su eficacia. Tal vez en la siguiente cita encontremos una pista clara de la orientación clínica de Miller:

*El acto analítico es la condición para que eso adquiera sentido, para que emerja el sujeto supuesto saber. El acto no es del sujeto, el sujeto supuesto saber es su consecuencia.*⁵³

No considero necesario ningún comentario más allá del contrapunto que me limito a exponer:

*La pregunta es: qué deviene el sujeto supuesto saber? Voy a decirles que el psicoanalista en principio sabe lo que él deviene. Ciertamente él cae.*⁵⁴

*...el analista llega al final del análisis a soportar no ser más nada que ese resto, ese resto de la cosa sabida que se llama objeto "a".*⁵⁵

Exactamente al revés, Miller afirma que:

*El S1 (...) es reducido en el final del análisis a desecho.*⁵⁶

⁵³ Ibid op cit. P., 445

⁵⁴ Lacan, J., Seminario 15. El Acto psicoanalítico. clase 6. 17 de enero de 1968. Trad. "DISCURSO FREUDIANO" Escuela de Psicoanálisis. Olga M. de Santesteban

⁵⁵ . Ibid. Clase 5. 10/1/68

⁵⁶ J.A. Miller *Los signos del goce, op.cit. p., 227*

Dicho en otras palabras, Miller explica que la meta de la cura reside en que el sujeto llegue a perder la llave de la verdad del inconciente y al mismo tiempo consolidar la suposición de que existe Otro que nos garantiza el saber, el analista. Para lograr este fin es necesario acotar el goce de la indómita repetición de lo real.

Buenos Aires, febrero de 2013